

Antigua

Historia y Arqueología de las civilizaciones

MIGUEL DE
CERVANTES



Epistolario de Jorge Bonsor (1886-1930) **Jorge Maier Allende**

Antigua: Historia y Arqueología de las civilizaciones [Web]



Página mantenida por el Taller Digital

EPISTOLARIO DE JORGE BONSOR
(1886-1930)



MAIER, Jorge

Epistolario de Jorge Bonsor (1886-1930) / por Jorge Maier. — Madrid : Real Academia de la Historia, 1999. — 208 p. : il. ; 30 cm. — (Publicaciones del Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia. Estudios, 6)

D.L. M. 49.826-1999. — ISBN 84-89512-57-4

1. Bonsor, Jorge — Correspondencia

I. Real Academia de la Historia (Madrid)

II. Serie

CDU 929 Bonsor, Jorge

Esta obra forma parte del Programa de colaboración de la REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA con las Fundaciones «BANCO BILBAO-VIZCAYA», «RAMÓN ARECES» y «CAJA MADRID»



Fundación
Ramón
Areces



Ilustración de cubierta: Estudio de Jorge Bonsor en el Castillo de Mairena del Alcor.

© REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA
I.S.B.N.: 84-89512-57-4
Depósito Legal: M. 49.826 - 1999
Fotocomposición e impresión:
TARAVILLA
Mesón de Paños, 6. 28013 Madrid

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA
GABINETE DE ANTIGÜEDADES

EPISTOLARIO DE JORGE BONSOR
(1886-1930)

por

JORGE MAIER



MADRID
1999

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

COMISIÓN DE ANTIGÜEDADES

Presidente: Excmo. Sr. D. Fernando Chueca Goitia
Vocales: Excmos. Sres. D. José M.^a Blázquez Martínez, D. José M. Pita Andrade
y D. Martín Almagro-Gorbea

ESTUDIOS
DEL
GABINETE DE ANTIGÜEDADES

Editor
Martín Almagro-Gorbea

6. EPISTOLARIO DE JORGE BONSOR (1886-1930)

Esta edición ha contado con una subvención de la Consejería de Educación y Cultura de la Comunidad de Madrid, con cargo al programa 813, Partida 48810.

ÍNDICE

	<i>Páginas</i>
PRESENTACIÓN	9
PRÓLOGO	11
INTRODUCCIÓN	13
CORRESPONDENCIA GENERAL (1886-1930).....	23
CORRESPONDENCIA CON A. M. HUNTINGTON (1898-1913).....	139
ÍNDICES	195
ÍNDICE DE AUTORES E INTERLOCUTORES	197
ÍNDICE CRONOLÓGICO	201
ÍNDICE DE FIGURAS	205

PRESENTACIÓN

La Real Academia de la Historia, fundada por el rey Felipe V, de cuya llegada al poder se cumple ahora el III Centenario, tiene como principal objetivo profundizar en el estudio de la Historia de España, tarea que ha venido realizando durante más de 250 años.

Por ello, cuando la Real Academia de la Historia propuso al Excmo. Ayuntamiento de Carmona colaborar en esta publicación dedicada a uno de sus más famosos hijos adoptivos, D. Jorge Bonsor, hemos aceptado con ilusión esta honrosa propuesta.

Este ilustre hijo adoptivo de Carmona había nacido en Francia, pero atraído por la belleza de Carmona se afincó en nuestra ciudad, a cuyo estudio y el de sus restos arqueológicos dedicó los mejores años de su vida, siendo uno de tantos personajes que enriquecen la Historia de nuestra ciudad. El interés suscitado por su figura ha merecido un magnífico estudio del Dr. Jorge Maier, recientemente publicado por la Real Academia de la Historia, Jorge Bonsor (1855-1930). Un académico correspondiente de la Real Academia de la Historia y la Arqueología Española, Madrid, 1999.

La obra que tengo el honor de presentar constituye el lógico complemento de la ya publicada, pues la documenta y, al mismo tiempo, ofrece el aliciente de informarnos sobre la muy numerosa correspondencia de Jorge Bonsor con grandes figuras de finales del siglo XIX e inicios del XX. Por ello, creemos que será bien recibida por todos los carmonenses, por todos los amantes de la Antigüedad y por cuantos están interesados en la rica Historia de nuestra ciudad. De este modo, el Excmo. Ayuntamiento de Carmona que me honro en presidir contribuye a una alta labor de difusión cultural, que, además, va a contribuir decididamente en el mayor conocimiento en España y el extranjero de nuestra bella ciudad.

No nos queda, para finalizar, sino resaltar la eficaz labor desarrollada por la Real Academia de la Historia y su encomiable preocupación por hacer a todos partícipes de

su interés por la Historia como parte de nuestro más rico Patrimonio, así como reconocer su interés por contribuir a promocionar en estos campos de la Cultura el trabajo tan meritorio de jóvenes investigadores, como lo es en este caso el Dr. Jorge Maier, autor de este meritorio trabajo.

Conste, por ello, nuestra satisfacción como Alcalde de Carmona, como amante de la Cultura y como carmonense, ciudad cuyo amor por la Antigüedad una vez más se ve decididamente exaltada en esta obra, que contribuye a poner a disposición de todos, del público y de los estudiosos, una página más de nuestro rico pasado, al mismo tiempo que agradezco a cuantos han contribuido a que este libro haya llegado al lector, instituciones y personas, sus generosos esfuerzos.

SEBASTIÁN MARTÍN RECIO
*Alcalde del Excmo. Ayuntamiento
de la Ciudad de Carmona*

PRÓLOGO

En la literatura de la Antigüedad clásica, en la tradición cristiana, en el inmenso legado de la literatura occidental, los epistolarios tienen amplísima presencia, unas veces como género literario específico, como elección deliberada de una forma de transmitir ideas o creencias; otras veces se trata de simples colecciones de verdaderas cartas por obra de sus propios autores o de terceros que las reúnen para dar testimonio del pensamiento de aquéllos. No es el caso hacer una larga digresión sobre la importancia del género epistolar, entre otras cosas porque otros más capacitados al caso se ocupan y han ocupado de ello, y porque no es éste el lugar adecuado. Si lo evoco es porque estoy seguro de que puedo convenir con el lector en que la idea del género epistolar siempre está asociada a una forma de comunicación de alcance verdaderamente literario o no que expresa con particular viveza y concreción el pensamiento y las inquietudes de sus autores. Es esa realidad, la propia de las verdaderas cartas, la que impulsa a dar forma de tales a creaciones que no lo son verdaderamente, pero que quieren presentarse revestidas del prestigio o la solvencia que para todos tienen los escritos epistolares como expresión de sinceridad, de interés directo de quien escribe por el que lo lee, de intimidad entre ambos y, por tanto —y en resumen—, de autenticidad.

La autenticidad, la privacidad son, en casos como el que corresponde a este libro, tan altas que, como en todos sus iguales, se tiene una cierta sensación de incómoda transgresión, de invasión de un ámbito privado que, por herencia educacional, tenemos por totalmente impropio. Pero tampoco viene al caso exagerar esta dimensión, porque en epístolas como las recogidas en este libro, hay mucho —o más— de correspondencia científica, casi «oficial», y no se trata tanto de un epistolario íntimo o personal. Esa es, además, la razón de que su protagonista —destinatario o autor— las haya archivado cuidadosamente como parte de su actividad profesional y científica. Pero no dejan de ser cartas personales, y tienen algo del carácter sintético, directo, auténtico, propio de las creaciones o expresiones epistolares.

Y en esto radica una parte esencial del interés de este epistolario. Es una forma de penetrar en las inquietudes y el pensamiento de Bonsor y de sus muchos interlocutores, de palpar con la viveza del género cómo vivían y afrontaban los problemas que su actividad científica les planteaba. Muchas cartas son de mero trámite, poco significativas; otras, en cambio, resumen las inquietudes y pensamientos científicos de los corresponsales. Todas, en conjunto, contribuyen a colorear el ambiente científico en el que se desenvolvió Bonsor, a completar lo que de él pueda saberse y decirse, tal como aparece ampliamente escrito en el libro anterior de Jorge Maier sobre Jorge Bonsor (1885-1930). Un académico correspondiente de la Real Academia de la Historia y la Arqueología Española, editado por la misma Real Academia de la Historia hace pocas fechas. Con esta nueva publicación se tiene un complemento —un apéndice documental— de interés para el conocimiento de Bonsor y del significado de su obra, reflejada en una amplísima correspondencia que no debía quedar inédita una vez ordenada y estudiada.

Hoy día, en que la correspondencia a la manera tradicional, tras una larga etapa de agonía, se recupera como actividad cotidiana a lomos de la inevitable INTERNET, pero desaparece casi como escrito directo y conservable —porque todo se borra a la postre tras la recepción del mensaje—, bien viene esta nueva mirada a una rica tradición de nuestra cultura, vehículo de una aproximación a sus autores que Jorge Maier ha sabido explotar para la preparación de su estudio general de Jorge Bonsor con el interés que merecía.

Me alegra, pues, retomar mi condición de presentador o prologuista de un nuevo trabajo que vuelve a ponerme en relación con la obra de Bonsor y la añorada Carmona de mi juventud y de siempre, y con la imparable actividad investigadora y publicista de Maier, otro Jorge ensartado en mi personal trayectoria académica. De ambas cosas me felicito, y felicito sobre todo al autor del trabajo que ahora ve la luz, porque bien se que, entre otras cosas, con ello cierra más de verdad el estudio de un autor y una época que sin la expresiva correspondencia que generaron, y que le encandiló desde el primer contacto con ella, no tenía por satisfactoriamente acabado. En la medida en que también me siento implicado en la realización del trabajo, agradezco también a la Academia su inestimable patrocinio.

MANUEL BENDALA GALÁN
Catedrático de Arqueología

INTRODUCCIÓN

Jorge Bonsor Saint-Martin fue, sin duda, uno de los arqueólogos más destacados de nuestra Historia de la Arqueología en un período fundamental de esta disciplina científica, esto es, entre 1880 y 1930 ¹.

De origen anglofrancés, aunque de nacionalidad británica, este licenciado en Bellas Artes dedicó su vida por entero a la Arqueología, decisión que tomó durante su estancia en Carmona (Sevilla), en 1881, donde residirá permanentemente desde ese momento hasta 1907, año en que se traslada a Mairena del Alcor. Ambas ciudades se encuentran ubicadas en uno de los enclaves más paradigmáticos del valle del Guadalquivir, Los Alcores, marco principal a su vez de su brillante investigación arqueológica.

Jorge Bonsor, que nació en Lille (Francia), en 1855, perteneció a una generación de arqueólogos europeos que con su labor consolidaron definitivamente la Arqueología como una disciplina científica, es decir, fueron los que hicieron de ella una ciencia tal y como hoy la conocemos, fueron en definitiva, los pioneros de la Arqueología contemporánea.

El *Epistolario* de Jorge Bonsor es, por tanto, un fondo documental de una gran importancia para nuestra Historia de la Arqueología pero también para la europea. En efecto, como veremos, Jorge Bonsor mantuvo un estrecho contacto con muchos de los arqueólogos más destacados de su tiempo, tanto nacionales como extranjeros. Pero quizá uno de los aspectos que deba ser subrayado sea precisamente el diálogo permanente u ocasional, según los casos, que mantuvo con sus homónimos europeos, lo que en cierta manera es uno de los hechos que nos corroboran la talla alcanzada por el arqueólogo anglofrancés en el concierto del movimiento arqueológico de la Europa de fines del siglo XIX y primer tercio del siglo XX, como hemos señalado recientemente. Ello, no es sino reflejo de la mentalidad y criterios con que Bonsor afrontó su actividad arqueológica, una actividad sin fronteras, sin limitaciones geográficas, una concepción internacionalista de la arqueología en un tiempo en que lo común eran las interpretaciones mediatizadas por los nacionalismos. Como se podrá comprobar, las relaciones de Bonsor son fluidas con arqueólogos ingleses, franceses, portugueses, alemanes, belgas y, por supuesto, españoles en mayor o menor medida y con intereses más o menos claros con la arqueología española, tema que lógicamente constituye el núcleo del *Epistolario*. En este sentido, no nos puede sorprender su especial relación con el gran hispanista norteamericano Archer Milton Huntington, fundador de *The Hispanic Society of America* de Nueva York, que constituye una parte importante de su *Epistolario* y que sin duda fue la que le introdujo en los Estados Unidos, país, que por otra parte, nunca llegó a visitar.

Por todo ello estamos convencidos que el *Epistolario* de Jorge Bonsor es uno de los fondos documentales más importantes en el conjunto de su legado personal y es uno de los pocos que nos ha llegado más o menos íntegro de los que se conservan en España. La correspondencia, además, conlleva ciertos valores que otros tipos documentales, generalmente oficiales, no pueden

¹ J. MAIER. *Jorge Bonsor (1855-1930): una académico correspondiente de la Real Academia de la Historia y la Arqueología española*. Madrid, 1999.

ofrecer, siempre más fríos, menos expresivos. En ella, por el contrario, encontramos ese grado de confidencialidad, mucho más rico, más expresivo de contenidos en los interlocutores, más espontáneo y si cabe más veraz, como es el caso. Así, el *Epistolario* fue una de las fuentes más valiosas que tuvimos la oportunidad de manejar en nuestro estudio sobre la personalidad y significación de Jorge Bonsor en la arqueología española. En él pudimos encontrar muchas de las claves de su pensamiento arqueológico, de la trascendencia que tuvieron sus investigaciones y sobre todo de la opinión que ofrecieron a los demás sus trabajos, en definitiva de su categoría científica como arqueólogo. El *Epistolario* es, pues, un complemento indispensable al estudio realizado de este personaje y al darlo a conocer íntegramente esperamos contribuir un poco más a recuperar la memoria de este gran arqueólogo que tan generosamente dedicó gran parte de su esfuerzos a hacer inteligible nuestra arqueología.

El *Epistolario de Jorge Bonsor* se compone de un total de 437 cartas manuscritas y mecanografiadas². Todas ellas se custodian actualmente en el Archivo General de Andalucía y forman parte de su archivo personal, aunque no constituyen un fondo propiamente dicho, a excepción de una que procede del archivo del Museo Arqueológico Nacional (carta n.º 229).

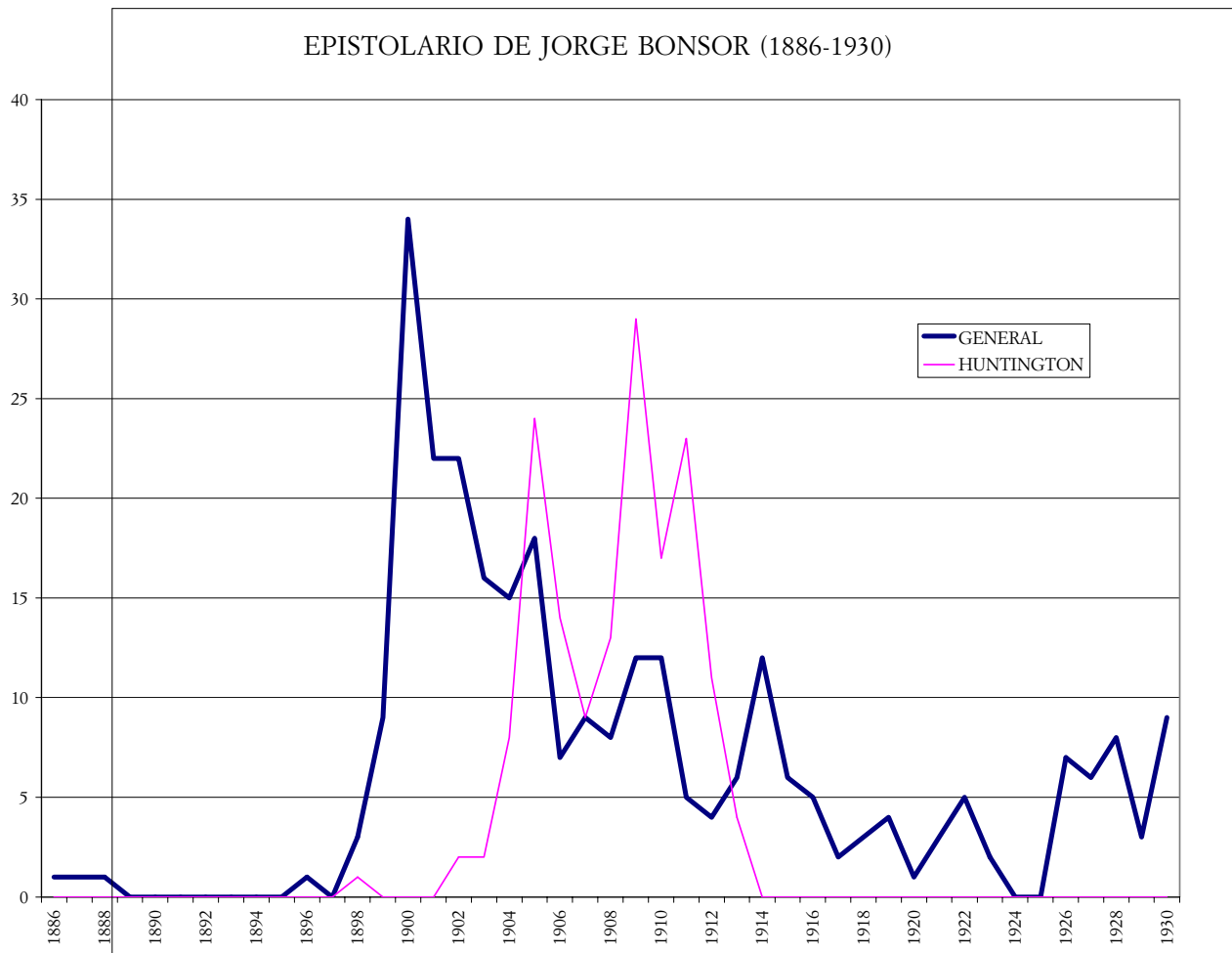


FIGURA 1.—Distribución cronológica y cuantitativa del fondo documental.

² Algunas de ellas han sido ya publicadas, véase: J. MAIER: «El epistolario de Jorge Bonsor: correspondencia con Luis Siret» en J. ARCE y R. OLMOS (eds.), *Historiografía de la arqueología y la Historia antigua en España (siglos XVIII-XX)*, Madrid, 1991, pp. 149-156; G. BONSOR, *Las colonias agrícolas prerromanas del Valle del Guadalquivir*, edición a cargo de J. Maier, Ecija, 1997; J. MAIER, «En torno a la génesis de la arqueología protohistórica en España: correspondencia inédita de Pierre Paris y Jorge Bonsor», *Melanges de la Casa de Velazquez*, 33 (en prensa).

Hemos optado por dividir el fondo documental en dos grandes bloques ordenados cronológicamente y con numeración correlativa independiente, dado el considerable volumen de la correspondencia con Archer M. Huntington. Así, el primero de ellos, que hemos denominado *Correspondencia General*, se compone de 280 cartas que constituye el grueso del fondo documental. El segundo de ellos, que hemos denominado *Correspondencia con A. M. Huntington*, se compone de 157 cartas, la mayor parte de ellas con el hispanista norteamericano aunque también con varios empleados de *The Hispanic Society of America*, como son Edwin Gates (Tesorero), Mansfield Lovell Hillhouse (Secretario) y John Ten Broeck Hillhouse (Inspector de Edificios).

Todas las cartas, tanto las de la *Correspondencia General* como las de la *Correspondencia con A. M. Huntington*, han sido traducidas al castellano de sus idiomas originales, en su mayor parte en francés e inglés y excepcionalmente en portugués³.

La *Correspondencia General* abarca un período comprendido entre 1886 y 1930. Sin embargo, conviene señalar ciertas observaciones. La correspondencia entre 1886 y 1898 es, como se puede comprobar en el gráfico adjunto (Fig. 1), muy escasa, tan sólo se contabilizan 7 cartas en doce años. No es sino a partir de 1899 cuando realmente comienza a ser regular la correspondencia y sin lagunas hasta prácticamente el fallecimiento de Jorge Bonsor. El mayor volumen epistolar se concentra entre 1899 y 1906 y se debe, sin duda, al impacto que tuvieron los trabajos de Bonsor sobre el colonialismo fenicio por su obra *Les colonies agricoles prerromaines de la vallée du Betis* (Paris, 1899), así como por sus estudios acerca de la economía rural de la Bética que aparecieron publicados parcialmente en su artículo *Los Pueblos antiguos del Guadalquivir y las alfarerías romanas* (1902)⁴. A partir de este momento, el volumen documental ira en paulatina disminución, aunque, como decimos, es regular, observándose dos periodos de mayor actividad entre 1908 y 1911 y 1914-1917. El punto más bajo se sitúa entre 1918 y 1925, momento en que Bonsor emprende una serie de trabajos de campo alejados de su residencia habitual, la excavación de la ciudad de *Baelo Claudia* en el estrecho gaditano (1919-1921) y la exploración y excavaciones en el Coto de Doñana (1920-1923), período que finaliza con los fallecimientos de su primera esposa Gracia Sánchez Trigueros y de su socio Juan Fernández López. Tras este serio quebranto sentimental observamos, sin embargo, un nuevo incremento documental fruto de los nuevos trabajos emprendidos con las excavaciones en la necrópolis tartésica de Setefilla (Lora del Río, Sevilla) (1926-1927) y la cesión al Estado de la Necrópolis romana de Carmona (1930), por señalar los más significativos. Como nota anecdótica hemos de señalar que Bonsor nunca tuvo oportunidad de leer la última carta de este primer bloque ya que falleció el 15 de agosto de 1930 en su residencia del Castillo de Mairena del Alcor.

La correspondencia con Archer M. Huntington es muy regular y particularmente intensa, circunstancia que es lógicamente comprensible dada la lejanía y tipo de actividad que ambos desarrollaron. Cronológicamente, aunque se inicia esporádicamente en 1898, año en el que Huntington visita por primera vez Sevilla, se concentra entre 1902 y 1913. En los tres primeros años el volumen es muy bajo para aumentar considerablemente en los dos años siguientes y alcanzar su punto culminante entre 1908 y 1911 con un total de 82 cartas que representa un 52%, más de la mitad del fondo. A partir de este último año la frecuencia baja considerablemente hecho que hay que relacionar con la promulgación de la Ley de Excavaciones y Antigüedades y su desarrollo en el Reglamento de 1912, que explicaría también la drástica interrupción de la correspondencia. Si considerásemos conjuntamente ambos bloques, el mayor volumen documental abarcaría el período comprendido entre 1900 y 1913.

El número total de interlocutores del *Epistolario* asciende a 98. Hemos de advertir que uno de los aspectos más importantes del *Epistolario* es el hecho de que Jorge Bonsor tuvo la

³ Expreso desde aquí mi más sincero agradecimiento a Blanca Ramos Romero por su inestimable ayuda en la revisión de los originales en inglés y a todos aquellos que pacientemente han revisado nuestras traducciones.

⁴ Artículo publicado en la *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*. La obra había sido presentada al Concurso Martorell en la edición de 1892, por la que obtuvo un accésit.

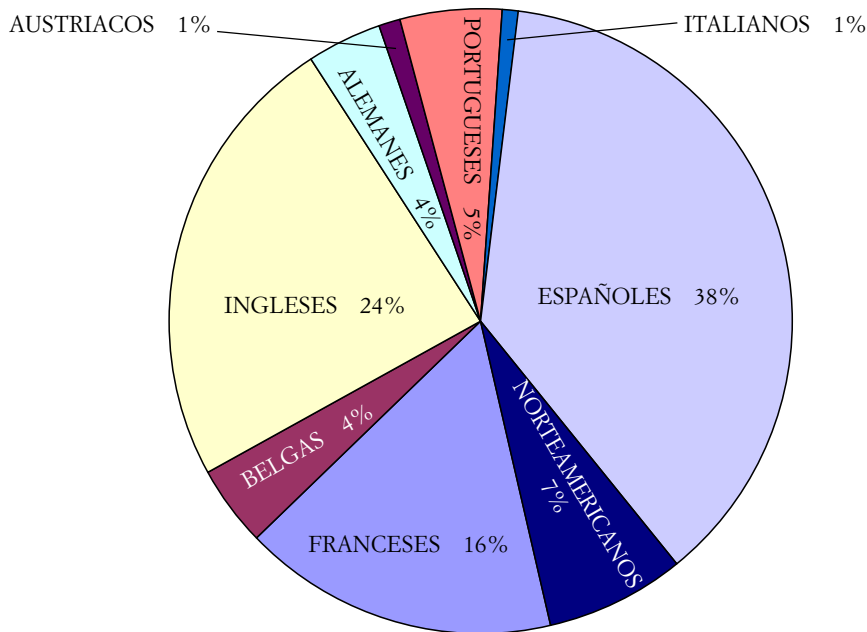


FIGURA 2.—Número de interlocutores por nacionalidades.

sana costumbre de conservar una copia de las cartas por él remitidas a muchos de sus interlocutores, aunque no en todos los casos. Característica sin duda excepcional y no muy común en este tipo de archivos, en los que normalmente sólo se conservan documentos con un sola dirección.

En los dos gráficos adjuntos hemos reflejado por una parte la estadística del número de interlocutores según su nacionalidad (Fig. 2) y por otra el número de cartas de los interlocutores también según su nacionalidad (Fig. 3), aunque en este último no se incluyen las de Huntington ya que generaría una lectura distorsionada.

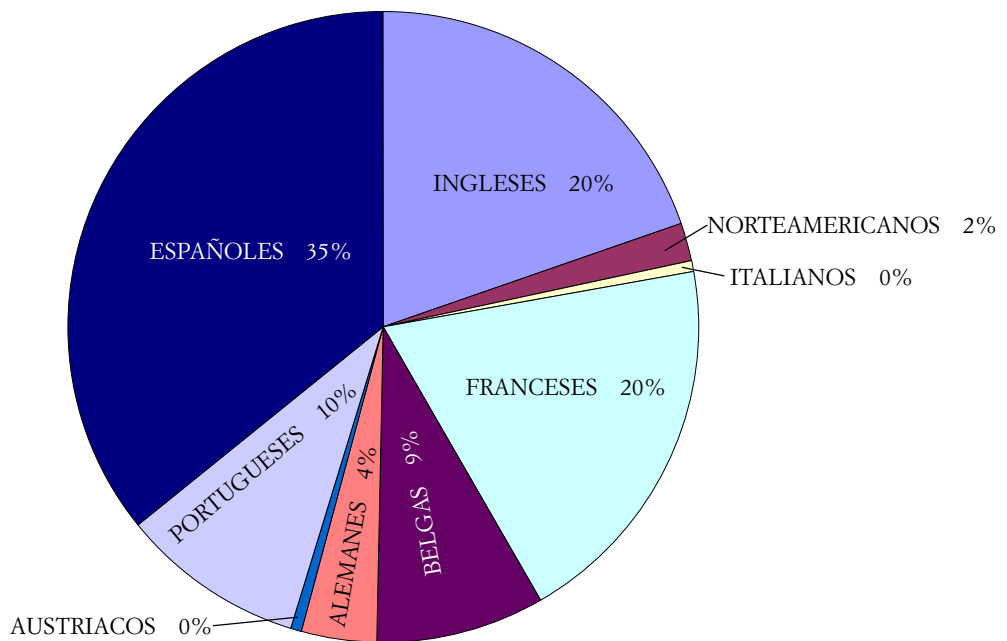


FIGURA 3.—Número de cartas de interlocutores por nacionalidades.

El mayor volumen corresponde a los interlocutores españoles (38%), entre los que contamos con Antonio Aguilar y Cano, Diego Angulo Íñiguez, Francisco Barado y Font, Antonio Blázquez y Delgado-Aguilera, Pablo Bosch, Juan de Mata Carriazo, Pelegrín Casades y Gramatxes, Vicente Castañeda y Alcover, Emilio Castelar, Conde de Castilleja de Guzmán, José Castillejo, Francisco de Cea Bermúdez, Marqués de Cerralbo, Eduardo Díaz, Adolfo Fernández Casanova, Cesáreo Fernández Duro, Manuel Fernández López, Fidel Fita y Colomer, José Gestoso Pérez, Manuel Gómez-Moreno y Martínez, Joaquín Hazañas y La Rua, Adolfo Herrera y Chiesanova, Vicente Lampérez y Romea, Federico Maciñeira, Antonio Martínez de Pinillos, Servando Meana Nuñez, José Ramón Mélida y Alinari, Pedro Plano y García, Pelayo Quintero Atauri, Manuel Rodríguez de Berlanga, Tomás Romero de Castilla, Enrique Romero de Torres, Juan Manuel Romero, Manuel Sales y Ferré y Antonio Vives y Escudero.

Entre los interlocutores ingleses (24%) figuran Robert Ashington Bullen, John Armytage Batley, J. B. Cornish, J. W. Crombie, George S. Crick, Gordon Douglas, Dorrien Smith, W. de Graybirch, John J. Harris, George Hill, J. W. Johnston, H. O'Neil Hencken, T. D. Kendrick, Lord Rosbery, John Pentland Mahaffy, William Flinders Petrie, J. Power, W. Robertson Smith, H. Robertson Struan, Archibald Henry Sayce, Horace Sandars, Reginald A. Smith y E. Thurlow Leeds.

Los franceses (16%) constituyen el tercer gran grupo, entre los que figuran François Bancrean, Marcelin Boule, Etienne Bourgey, Henri Breuil, Emile Cartailhac, Louis Delattre, F. Deschamps, Arthur Engel, Leon Joulin, Jacques de Morgan, Pierre Paris, Pontalba, Adolf Reinach, Salomon Reinach, Conde de Saint Sand y Raymond Thouvenot.

A mayor distancia se encuentran los demás interlocutores de otras nacionalidades. Así, entre los norteamericanos (7%), contamos, además de los miembros de *The Hispanic Society* ya mencionados, con Ralph Metcalf, Arthur Stanley Riggs, Clara L. Penney y Lawrence Perin; entre los portugueses (5%) José Leite de Vasconcelos, Antonio Mezquita do Figueiredo, Antonio dos Santos Rocha y Ricardo Severo; entre los belgas (4%) Barón Alfred de Loë, Adrian Oger, Luis Siret y Henry Thys; entre los alemanes (4%) Emil Hübner, A. Dressel, Georg Leisner y Adolf Shulten y, finalmente, entre los austríacos (1%) Hugo Obermaier y Grad y, entre los italianos (1%) Paolo Orsi.

Como es lógico, el número total de interlocutores, si bien nos indica la amplitud, variedad y calidad de las relaciones mantenidas por Jorge Bonsor, no con todos ellos tuvo una correspondencia igual de intensa. De muchos de sus interlocutores, algunos de ellos de gran relevancia, sin embargo, tan sólo se conserva una carta, o aunque supere esta cifra, la frecuencia de comunicación es muy baja o puntual. No ocurre así con determinados interlocutores. Por otra parte hemos de señalar que Bonsor remite un total de 111 cartas que representan el 24% del total, es decir casi una tercera parte.

Así, los interlocutores que cuentan con un mayor número de cartas son: Pierre Paris (24), Luis Siret (19), José Ramón Mélida y Alinari (15), Antonio dos Santos Rocha (15), José Gestoso Pérez (11) y Fidel Fita y Colomer (11), aunque también deberíamos mencionar a Robert Ashington Bullen (8), J. W. Johnston (8), Henri Breuil (8), José Fortes (7), Federico Maciñeira (6), Marqués de Cerralbo (5), Manuel Gómez-Moreno (5) y Reginald A. Smith (5). Todos los demás se sitúan por debajo de esta cifra.

El *Epistolario* nos ofrece, pues, una idea bastante aproximada de la vida profesional de Jorge Bonsor, pero sobre todo de sus inquietudes, actividades y reconocimientos como arqueólogo. Sin detenernos en profundidad en los pormenores de sus actividades arqueológicas, para lo que remitimos a nuestro trabajo ya citado, es preciso que hagamos aquí algunos comentarios sobre determinados aspectos temáticos que se recogen en el fondo documental.

Una de las peculiaridades de Jorge Bonsor fue su concepción de la arqueología desde un punto de vista territorial. Es decir, que no centró sus esfuerzos en la excavación de un yacimiento en concreto, sino en explorar arqueológicamente un determinado espacio geográfico lo cual le permitió establecer secuencias cronológicas regionales y de esta manera detectar y excavar parcialmente yacimientos de muy distinta índole, por lo que sus contribuciones fueron muy importantes para la arqueología prehistórica, protohistórica, romana e incluso medieval

de Andalucía Occidental. Aunque sus primeras actividades arqueológicas tuvieron como marco el mundo hispanorromano con la excavación sistemática de la necrópolis romana de Carmona, de la que curiosamente apenas tenemos referencias en el *Epistolario*, uno de los temas más frecuentes es el del colonialismo fenicio y en general de la arqueología protohistórica del Bajo Guadalquivir. En este sentido son especialmente significativas las cartas con Salomón Reinach y toda la serie relacionada con el envío de su obra *Las colonias agrícolas prerromanas del Valle del Guadalquivir*, entre las que destacan, el padre Louis Delattre, excavador de Cartago, Archibald Henry Sayce gran lingüista histórico —se ocupó también del ibérico— y profesor de asiriología en Oxford, el filólogo clásico irlandés John Pentland Mahaffy, Paolo Orsi, Director del Museo Arqueológico de Sicilia y con el gran arqueólogo inglés William Flinders Petrie. La discusión con éste último es muy significativa pues gira en torno a las cerámicas, un elemento arqueológico que, aunque parezca mentira, comenzaba en estas fechas a ser valorado y no en vano fue Petrie quien ideó el sistema conocido como *cross dating methode*, por el cual se pudieron establecer cronologías relativas en la arqueología europea. Jorge Bonsor fue uno de los primeros, pues, que utilizó este importantísimo método en la arqueología de la Península Ibérica. El tema del colonialismo fenicio es también uno de los principales en la correspondencia con el arqueólogo portugués y fundador del Museo Arqueológico de Figueira da Foz, Antonio dos Santos Rocha, en la que se recogen importantes observaciones acerca de la presencia fenicia en Portugal y en concreto en el valle del Mondego. Antonio dos Santos siempre reconoció a Bonsor como el primero en haber señalado la importancia de la colonización fenicia en la formación de los pueblos peninsulares prerromanos y así haber arrojado un rayo de luz esclarecedor sobre sus investigaciones acerca de los Lusitanos. Bonsor gozó por ello de un gran prestigio entre otros arqueólogos portugueses como son José Fortes, Antonio Mezquita do Figueredo y Ricardo Severo, con los que mantuvo más o menos estrecho contacto.

Pero, sin duda, la discusión más interesante y más rica sobre la arqueología protohistórica andaluza es la mantenida con Luis Siret, no sólo por ser la más voluminosa sino además por que eran prácticamente los únicos arqueólogos que en esos momentos contaban con un valioso conjunto de datos producto de las excavaciones llevadas a cabo en sus respectivas áreas de intervención. La discusión se centra preferentemente en el carácter de determinadas necrópolis de incineración, las de Villaricos y Cruz del Negro, correspondientes a las antiguas ciudades de *Baria* y *Carmo* respectivamente.

Finalmente, hemos de mencionar las cartas con Adolf Schulten que, aunque no muy significativas en cuanto a su contenido, más bien escueto, están en relación con uno de los grandes temas de la arqueología peninsular Tartessos. Por ellas sabemos que Schulten se interesó ya desde 1906 por la cuestión de Tartessos, aunque no comenzara sus estudios hasta bastante años más tarde. La correspondencia refleja además cierta animadversión acerca de la figura de Schulten, como se comprueba, por ejemplo, en una carta de Bonsor a A. M. Huntington (n.º 111) y en otra de José Ramón Mélida a Bonsor (n.º 246). Pese a todo Bonsor y Schulten acabaron colaborando en la búsqueda de la enigmática Tartessos, y en esta investigación el arqueólogo anglofrancés contó con el inestimable apoyo de la Real Academia de la Historia, en las personas de José Ramón Mélida, el Marqués de Cerralbo y Antonio Blázquez y Delgado-Aguilera, quien, por cierto, le había vendido el Castillo de Mairena del Alcor, en 1902, residencia habitual de Jorge Bonsor desde 1907 cuando concluye su acondicionamiento y restauración.

Un tema muy estrechamente relacionado con la presencia fenicia en la Península Ibérica es la exploración que el arqueólogo anglofrancés desarrolló en las islas Scilly o Sorlingas, entre 1899 y 1902, donde la historiografía británica situaba las Cassiterides de la antigüedad. Aunque Bonsor no logró alcanzar su objetivo, esto es, demostrar arqueológicamente que las Scilly eran las Cassiterides, no deja de ser una investigación que nos ilustra plenamente sobre la concepción internacionalista que Bonsor tenía de la arqueología, a la que ya nos hemos referido más arriba. Pero además la calidad del trabajo que llevó a cabo en el archipiélago inglés no pasó desapercibido para los arqueólogos británicos, como fueron Reginald A. Smith,

T. D. Kendrick y H. O'Neill Hencken quienes le animan a publicar en la revista de la *Sociedad de Anticuarios de Londres* los resultados de su exploración en 1921-1922, precisamente en el momento en que se encontraba explorando el Coto de Doñana en busca de la ciudad de Tartessos, y que aún así en su mayor parte quedaron inéditos, aunque sí se aprovecharon sus magníficos dibujos. Paradójicamente, Bonsor nunca publicó los resultados de sus investigaciones sobre el comercio del estaño en la antigüedad en Inglaterra, sino que aparecieron en una revista norteamericana de Washington, dirigida por Arthur Stanley Riggs, *Art and Archaeology* con el título *From Tarshish to the isles of tin* (1928).

Una de las mayores inquietudes arqueológicas de Bonsor a lo largo de toda su vida profesional fue la presencia de los celtas en Andalucía, un tema aún hoy de gran actualidad y ni mucho menos esclarecido, y que como a Bonsor preocupó también a Luis Siret y queda reflejado en la correspondencia con Antonio dos Santos Rocha y el arqueólogo gallego Federico Maciñeira.

Como podemos comprobar la Protohistoria fue una de las máximas preocupaciones de Bonsor como arqueólogo, aunque también como es lógico en la correspondencia encontramos referencias a otros temas, entre los que cabría destacar las inscripciones romanas con interlocutores de la talla del académico madrileño Fidel Fita, y del renombrado epigrafista alemán Emil Hübner, ambos muy interesados por la arqueología carmonense, a los que Bonsor proporciona algunos datos, pues no era ni mucho menos un campo de su especialidad. El megalitismo es otro de ellos. Las excavaciones de Bonsor de varias estructuras de este tipo en las inmediaciones de la Mesa del Gandul (Alcalá de Guadaíra), tuvieron cierto impacto en su tiempo aunque nunca fueron publicadas, como se refleja en las cartas con Manuel Gómez-Moreno y el arqueólogo inglés E. Thurlow Leeds, quien dio algunas noticias sobre ellos en un artículo publicado en la revista inglesa *Archaeologia* con el título de «The dolmens and megalithic tombs of Spain and Portugal» (1920), y que finalmente fueron publicados por los arqueólogos alemanes Georg y Vera Leisner en su magnífico corpus *Die megalithgräber der Iberische Halbinsel* (1943), en el que aprovecharon todas sus notas de campo, las únicas que existen sobre éstos dólmenes. Están también relacionadas con estos estudios, por los que Bonsor pudo establecer una cronología relativa de la llamada cerámica campaniforme, las cartas con el Conde de Castilleja de Guzmán dueño de los terrenos en los que se encuentra uno de los más espectaculares dólmenes sevillanos, la famosa *Cueva de la Pastora*, que Bonsor deseaba examinar.

Resulta chocante que en toda la correspondencia existen muy pocas referencias, por no decir ninguna, sobre la economía rural romana de la Bética una de las investigaciones más interesantes de las desarrolladas por el arqueólogo anglofrancés y una de sus más significativas contribuciones a la arqueología hispanorromana, si exceptuamos las alusiones a la publicación parcial de sus investigaciones en el artículo *Los Pueblos antiguos del Guadalquivir y las alfarerías romanas* (1902) que remite a varios correspondientes, entre los que cabría destacar a Heinrich Dressel (n.º 85 y 86) y León Joulin (n.º 82).

Por otra parte hemos de llamar la atención también sobre la correspondencia con Robert Ashington Bullen un zoólogo inglés que analizó e identificó muchos de los restos malacológicos recuperados por Bonsor en varios yacimientos de Los Alcores. Práctica que hay que acentuar pues no era muy corriente en la arqueología de este tiempo, y aún hoy en día no excesivamente generalizada, lo cual es indicativo de la calidad y minuciosidad de Bonsor en el proceso de obtención de datos del registro arqueológico. En este sentido es significativo el hallazgo de especies malacológicas como el *dentalium elephantinum*, que sólo se dan en el Mar Rojo, en el poblado calcolítico de Campo Real (Carmona), por el que mostró mucho interés Luis Siret. El análisis de este tipo de restos, junto con los botánicos, procedentes de contextos arqueológicos es hoy de la máxima importancia para la reconstrucción medioambiental en la que se desarrollaron las culturas antiguas. Por ello son también significativos los análisis encargados al insigne orientalista W. Robertson Smith (n.º 3) de las maderas carbonizadas que se utilizaron en las piras funerarias de la necrópolis romana de Carmona, nada menos que en 1888. Aunque no existe referencia alguna en el *Epistolario*, también debemos mencionar que

Bonsor encargó el análisis de la flora de este mismo yacimiento y otros de Los Alcores al botánico y anticuario francés Jules Richard. Si tenemos constancia en la correspondencia de otro encargo inusual en este tiempo como fue el de examinar la composición de la arcilla de las cerámicas de las islas Scilly a John J. Harris (n.º 61).

Si todo ello es muestra de la modernidad con que Bonsor desarrolló sus trabajos arqueológicos no son menos significativos sus esfuerzos en la conservación de los objetos y yacimientos excavados. Jorge Bonsor fundó dos museos, el de la necrópolis de Carmona, que es el primer museo de sitio que ha existido en España y el del Castillo de Mairena del Alcor, donde reunió, además sus colecciones arqueológicas, otras no menos significativas de pintura española, entre las que destaca la serie de los pasajes de la vida de Santa Clara de Asís de Valdés Leal, así como distintos objetos de artesanía popular, un tipo de coleccionismo, este último, muy poco cultivado en ese tiempo. Tuvo además una gran visión en la gestión cultural de los yacimientos arqueológicos y un ejemplo de ello lo encontramos en las ideas que expone a José Ramón Mélida (n.º 194) en relación al teatro romano de Mérida, que no dejan de sorprendernos por su actualidad, aunque también se interesó por Itálica y Medina Azahara. Por supuesto también por Carmona. No es extraño que se recurriera a Bonsor para organizar la sección de arqueología de la Exposición Ibero-Americana celebrada en Sevilla, en 1929.

Jorge Bonsor fue, por su residencia permanente en Andalucía, un punto de referencia indispensable para todos aquellos arqueólogos extranjeros que se interesaron por la España antigua, especialmente los franceses que fueron los que más intensamente trabajaron en nuestro suelo. También Bonsor tuvo una relación más estrecha con ellos, pese a su nacionalidad británica, por su vinculación natural con la cultura francesa, en cuyo idioma era en el que mejor se expresaba. Razón por la cual es muy abundante la correspondencia con Pierre Paris, sin duda una de sus grandes amistades, pero también con Henri Breuil y, aunque no haya quedado casi constancia en el *Epistolario*, con Arthur Engel. También cosechó Bonsor amistades sinceras entre los nacionales siendo las más afectiva con José Ramón Mélida y Alinari, uno de los más sobresalientes arqueólogos españoles de esta época, Director del Museo Arqueológico Nacional, Anticuario perpetuo de la Real Academia de la Historia y Catedrático de Arqueología de la Universidad Central. Entre las amistades del ámbito sevillano hemos de destacar a José Gestoso Pérez uno de los más esclarecidos historiadores del arte sevillanos y al Catedrático de la Universidad Hispalense Joaquín Hazañas y La Rúa, primer biógrafo de su inestimable amigo.

Muchos otros acudieron a Bonsor para todo tipo de consultas a los que siempre atendía con la mayor complacencia y generosidad. Bonsor logró con ello que Carmona y Los Alcores fueran un lugar común en la Arqueología de Europa.

La Correspondencia con A. H. Huntington, como ya hemos indicado, es la más voluminosa y por ello de gran importancia, sobre todo porque es un conjunto documental único e indispensable para conocer el mecenazgo de este hispanista norteamericano en la arqueología española y a su vez para conocer la formación de la colección arqueológica de la institución por él fundada, uno de las más ricas de su tiempo. El contenido de la correspondencia se refiere principalmente, pues, a las distintas adquisiciones que hizo la *Hispanic Society of America* a Jorge Bonsor. Pero también encontramos otros temas relacionados con la arqueología española y especialmente con los trabajos de Jorge Bonsor que dicha institución publicó como son *Tartesse* (Nueva York, 1922), *Early engraved ivories in the collection of The Hispanic Society* (Nueva York, 1928), así como dos de las obras más importantes del arqueólogo anglofrancés que, sin embargo, aparecieron póstumamente *The archaeological expedition along the Guadalquivir (1889-1901)* (Nueva York, 1931) y *An archaeological sketch-book of the roman necropolis at Carmona* (Nueva York, 1931).

Hasta no hace mucho tiempo había quien consideraba a Bonsor un expoliador de nuestro patrimonio arqueológico por vender los objetos fruto de sus excavaciones a la *Hispanic Society*. Nada más inexacto. Este fondo documental es la prueba palpable y fehaciente de que esto no fue así en absoluto. Tanto Bonsor como Huntington fueron siempre conscientes —en la correspondencia hay continuas alusiones a este hecho— del marco legal en el que se mo-

vían. Bonsor sabía muy bien a quien vendía sus colecciones y de las condiciones que Huntington estableció para ellas. También hay que decir que era un medio para Bonsor, un arqueólogo no vinculado a ninguna institución oficial, con el que financiar sus investigaciones y afrontar el coste de la conservación y mantenimiento de sus colecciones y de la Necrópolis romana de Carmona que, finalmente, cedió al Estado y hoy todos podemos disfrutar. Jorge Bonsor, por tanto, contribuyó a la formación de una de las mejores colecciones que sobre la cultura española existen en los Estados Unidos. Este es uno de los motivos por el que la correspondencia finaliza drásticamente en 1913, aunque ello no quiere decir que las relaciones se truncasen, simplemente que las actividades comerciales finalizaron. La Ley de 1911 y su reglamento de 1912, que dotaron por fin de un marco legislativo a las excavaciones y antigüedades en España, fueron determinantes en este sentido.

En resumen, creemos que este *Epistolario* completa por una parte nuestro estudio sobre la importante contribución de Jorge Bonsor a la Arqueología española y, por otra, constituye un interesantísimo fondo documental de las relaciones internacionales de la Arqueología en Europa en los últimos años del siglo XIX e inicios del XX.

No me queda sino expresar mi más profundo agradecimiento al prof. Dr. Martín Almagro-Gorbea, Anticuario de la Real Academia de la Historia y a este Cuerpo Literario por haber considerado oportuno publicar este trabajo, así como al prof. Dr. Manuel Bendala Galán por su inestimable y constante apoyo.